

¿Postimperialismo, imperialismo posmoderno o hegemonía depredadora?

Por *Alejandra* ALAS-PORRAS SOULÉ*

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS se presentan nuevas tendencias expansionistas íntimamente ligadas al entronizamiento de un grupo neoconservador heterogéneo, que combina a discreción principios liberales, realistas, religiosos y aun mesiánicos. Este grupo —en el que participan Bush y sus más cercanos colaboradores— rechaza todos los consensos y los referentes institucionales de la convivencia internacional de la posguerra y los destruye sin argumentos sólidos. Pasa de un imperialismo velado y selectivo a uno abierto e indiscriminado.

El entronizamiento de esta corriente neoconservadora —o conservadora social— intensifica las tendencias expansionistas norteamericanas y provoca una ruptura muy importante en Occidente por varias razones, pero especialmente porque representa un esfuerzo por imponer un solo modelo de capitalismo e inclusive un solo modelo de civilización e multiplican las muestras de intolerancia y de oposición activa a la diversidad cultural, afloran calificativos con los que se intentan discriminar y deslegitimar Estados que no se consideran aceptables (*rogue states*) porque sus visiones no se corresponden con el modelo occidental y anglosajón y se llega inclusive a sugerir la inviabilidad de regiones enteras, como África y América Latina.

Las consecuencias del nuevo expansionismo y la construcción de un "nuevo orden mundial" pasan por—y se nutren de— un conjunto de discusiones y elaboraciones teóricas y conceptuales por medio de las cuales se intenta legitimar o poner en tela de juicio el proyecto de esta corriente neoconservadora. Dichas discusiones e itúan en diferentes niveles de elaboración teórica e involucran no sólo a políticos sino a internacionalistas, a politólogos y otros científicos sociales. Y una de las preocupaciones centrales de todos ellos gira en torno al imperialismo y al tipo de relaciones hegemónicas que lo caracterizan en la actualidad. Por ello en este artículo me interesa reflexionar sobre estos dos conceptos —imperialismo y hegemonía— que son objeto de una discusión cada vez más intensa en el análisis de las relaciones y contradicciones internacionales. Imperialismo y hegemonía son pues

conceptos que, si bien se utilizan a menudo como sustitutos de poder mundial, adquieren un significado diferente según el contexto histórico y discursivo.

1 *Imperialismo*

HAY varias teorías del imperialismo, así como varios tipos de imperio. Mientras unas teorías intentan dar cuenta de las conexiones entre el expansionismo, el colonialismo y el capitalismo, otras se preocupan por encontrar la relación entre el expansionismo y la decadencia del poder hegemónico.

Este concepto fue discutido teóricamente a principios del siglo xx por J. Hobson, H. Hilferding, Luxemburg y Lenin a fin de entender las transformaciones experimentadas por el capitalismo hacia finales del siglo xix. Pero mientras Hilferding (1910) concentra la atención en los cambios ocurridos en la estructura del capital (particularmente en los niveles de concentración y nuevas formas de organización del capital financiero), Rosa Luxemburg (1913) le da mayor énfasis a la expansión intensiva y extensiva del capital, y muy en especial a los procesos de acumulación ampliada, que desbordan los marcos de los mercados internos. Por su parte, Lenin (1916) en su texto *Imperialismo, fase superior del capitalismo* integra estos y otros elementos proponiendo la tesis de que el imperialismo se convierte en una nueva fase del capitalismo y, además, en el mecanismo por medio del cual el capitalismo resuelve sus contradicciones, con lo que crea las condiciones para su definitiva extinción. Según Lenin, la fase imperialista del capitalismo se caracteriza por la transición del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, por la fusión entre el capital industrial y el capital bancario, la expansión territorial y la competencia interimperialista a fin de expandir y controlar los mercados extranjeros.

En esa misma época Hobson (1902) interpreta la expansión territorial desde una óptica liberal como el resultado de la distribución del poder y la riqueza dentro del país hegemónico y a nivel mundial. Esto significaba que la democratización en el Reino Unido, el proceso de descolonización, la deslegitimación del expansionismo territorial y el cambio de hegemonía podrían contrarrestar las tendencias expansionistas, atemperar las rivalidades interimperialistas y permitir al capitalismo sobrevivir sin un ropaje imperialista. La diferencia fundamental respecto de la versión leninista del imperialismo estriba en que éste no se considera ni irreversible ni estructural. O sea que no implica la autodestrucción o desaparición del capitalismo, como se podría derivar de las tesis leninistas.

En el contexto actual de principios del siglo XXI (o sea un siglo después)¹ los conceptos de imperio e imperialismo aparecen reiteradamente en textos muy diversos (académicos, políticos y periodísticos), se revisan y adquieren nuevos significados a la luz tanto de la ofensiva expansionista de Estados Unidos en muy diferentes planos y esferas, como de la creciente decadencia de su hegemonía. Las coincidencias y diferencias entre quienes estudian la política exterior de Estados Unidos y otros países desarrollados giran en torno a diferentes cuestiones: en primer lugar, mientras algunos autores (Johnson 2001 y Borón 2002) siguen subrayando el componente territorial y expansionista de la acción imperialista que se origina y responde a los intereses de uno o varios Estados nacionales, otros autores —como Hardt y Negri (2000) y Cooper (2002)— hablan de estructuras imperiales de dominación de alcance global y sistémico, que rebasan con mucho los ámbitos, intereses y proyectos de cualquier Estado. Tanto entre los primeros como entre los segundos encontramos estudios inspirados en doctrinas marxistas y liberales.

Desde una perspectiva marxista Hardt y Negri (2000) y desde una perspectiva liberal Cooper (2002) y Held (2002) identifican estructuras económicas y políticas que se superponen —y trascienden— las estructuras de control y dominación del Estado-nación, las cuales delegan —más o menos voluntariamente— un número cada vez mayor de funciones y decisiones en organismos, agencias, o en lo que Hardt y Negri llaman cuerpos jurídico-económicos transnacionales (tales como la OMC, el FMI, el BM, entre otros). Todas estas organizaciones —algunas de las cuales tienen un alcance global (Held) o imperial (Hardt y Negri)— gozan de amplios niveles de autonomía respecto de los Estados nacionales, inclusive respecto de aquellos que se ubican en la cúspide del sistema imperialista. Así, el nuevo entramado transnacional de instituciones, organismos y agencias encarnan una nueva modalidad de soberanía, aparentemente una soberanía global o, en términos de Held (2002: 59-63), un “régimen liberal de soberanía internacional” que sustituye la soberanía nacional: esto es, “nuevos y más amplios marcos de gobierno y de ley” a los que el pueblo transfiere poderes

¹ Durante la Guerra Fría, concepciones sobre la “convergencia” de los imperialismos capitalista y socialista estuvieron en boga y la estrategia norteamericana de contención del socialismo se centró en promover la expansión de los regímenes democráticos, el respeto de los derechos humanos y las ideas de libre mercado. Sus estrategias expansionistas tendían a ser más veladas durante este periodo y sus múltiples intervenciones abiertas eran plenamente justificadas por el propósito de contener el avance del comunismo y promover la democracia.

públicos, que delimitan y dan forma a la soberanía y que se traducen en un alcance normativo mucho mayor, así como en la institucionalización creciente de reglas y prácticas internacionales, empezando por el principio de un “orden constitucional universal” en el que prevalecen los valores cosmopolitas sobre la dignidad y los derechos humanos —el derecho a la vida, a la libertad y a la justicia—, así como sobre los mecanismos de gobierno a nivel global y regional y sobre la protección ambiental.

Por el otro lado, tanto Borón (2002 y 2003) como Johnson (2000) se refieren a la acción imperialista de Estados Unidos ante todo como una acción expansionista; pero mientras el primero lo hace desde una posición marxista, el segundo lo hace desde una posición liberal similar a la de Flobson; esto es, Johnson vincula la decadencia hegemónica de Estados Unidos con su expansionismo, con una conducta global depredadora y con los costos y consecuencias de un intervencionismo desbordado que provoca frustraciones y resentimientos acumulados alrededor del mundo, los cuales se revierten periódicamente sobre Estados Unidos con efectos e impactos devastadores de muy diversa índole, desde las múltiples expresiones del terrorismo internacional hasta el debilitamiento de las instituciones democráticas dentro de Estados Unidos.

Por su parte Borón (2002 y 2003), quien ha abonado considerablemente al debate internacional suscitado por los trabajos de Hardt y Negri (2000), se preocupa más bien por demostrar que la acción imperialista no lleva —como sugieren éstos— a la desaparición del Estado-nación. A su juicio, el conjunto de organismos internacionales, de los “cuerpos jurídico-económicos” de los que hablan Hardt y Negri, son los “perros guardianes” del imperialismo y representan los intereses del gran capital, que si bien “tienen un alcance global [...] su propiedad, por más dispersa que se halle, tiene una clara base nacional, y sus ganancias fluyen de todo el mundo hacia el país en donde se encuentra la matriz” (Borón 2003: 2).

Una segunda rivalidad teórica la encontramos entre quienes por un lado reivindican la acción imperial desde diferentes ópticas y quienes la critican y consideran que ésta socava las bases mismas de la democracia liberal.² Alrededor de este eje se podrían agrupar diversas visiones neoconservadoras y neoliberales que se corresponden con las doctrinas

Wallerstein (1996) previó que al término de la Guerra Fría se crearía una situación en que la prédica del liberalismo como política global (democracia, libre mercado, derechos humanos universales) generaría contradicciones con el predominio unipolar de Estados Unidos.

Bush y Blair³ sobre el orden mundial y con las modalidades de intervención que de ellas se derivan.

Desde ópticas neoconservadoras se ha desarrollado la doctrina de lucha global contra el terrorismo y ataque militar preventivo de Bush, que legitima la acción imperialista, tanto desde un punto de vista moral y religioso como realista. Algunos políticos norteamericanos —los llamados neoconservadores o conservadores sociales— no temen utilizar un lenguaje teológico e inclusive mesiánico (pero de un mesianismo que a menudo raya en lo apocalíptico) para justificar al imperio y la intervención preventiva, cuyo arquitecto intelectual es Wolfowitz. Este secretario de Defensa, junto con Gary Schmitt, director del Proyecto para un Nuevo Siglo Americano (Schmitt *et al.* 2000), Rumsfeld, Perle y otros miembros del círculo íntimo de Bush, reconocen abiertamente ser discípulos del alemán Leo Strauss, cuya filosofía política mezcla argumentos liberales con argumentos elitistas, religiosos y morales, hostiles al pensamiento liberal.⁴ Este filósofo aseguraba que las democracias liberales enfrentaban una continua hostilidad del exterior y que, por tanto, los políticos tenían que engañar al público e inclusive a los gobernantes a fin de protegerlo, justificando así que el fuerte deba gobernar y dirigir al débil. En opinión de Strauss, la separación de la Iglesia y el Estado fue el error más grave de los fundadores de la República, por la capacidad integradora que tiene la religión. A su juicio, la sociedad secular lleva al individualismo, al liberalismo y al relativismo, lo que puede alentar el descontento y la oposición y por tanto debilitar la capacidad de la sociedad para enfrentar amenazas externas. En consecuencia, el orden político sólo se alcanza con la unidad y la defensa del interés nacional en contra de una amenaza externa (Lobe 2003).

Por su parte, la doctrina de intervención preventiva de Blair —pensada, estructurada y difundida través del Centro de Política Exterior—⁵ descansa en una mezcla de principios liberales —una

La doctrina del dominio económico, político y militar incontestable de Estados Unidos —elaborada por los asesores de Bush (entre los que destacan Wolfowitz, Perle, Cheney, Rice), quienes abiertamente defienden el derecho al ataque preventivo ante cualquier amenaza a los intereses de Estados Unidos y argumentan en contra de la inutilidad del orden institucional de posguerra— tiene ciertas diferencias respecto a la que ha pregonado Blair, en la que persiste el reconocimiento de las Naciones Unidas y el derecho internacional de posguerra

⁴ Lenzner (2002) y Abbott (2001) comentan, en dos reseñas dos libros diferentes sobre Strauss, que a este filósofo se le ha atribuido una gama muy amplia de posturas, que van desde una religiosidad judía hasta una visión nietzscheana

⁵ El Centro de Política Exterior fue fundado en Gran Bretaña por el primer ministro Tony Blair en 1998, como un *think tank* comprometido con el pensamiento innovador y

combinación de principios idealistas, internacionalistas y cosmopolitas— según los cuales en las democracias características de los Estados posmodernos ha desaparecido la ética bélica porque los Estados más poderosos no desean luchar ni conquistar (Cooper 2002; y 2002, 2003). Una de las líneas de estudio y reflexión más importantes del Centro fundado por Blair gira alrededor de la construcción de un nuevo orden mundial.⁶ En su nombre se defiende y justifica la intervención preventiva, considerada, en lo fundamental, como una intervención humanitaria, a la que también se concibe ya sea como *imperialismo posmoderno* (la otra cara del Estado posmoderno), *imperialismo voluntario* (Cooper) o *imperialismo liberal*.⁷ Esto es, una nueva modalidad imperial de vigilancia y supervisión mundial, que es la condición para prevenir un nuevo orden mundial basado en la democracia y los derechos humanos y que en ocasiones implica y justifica no sólo la intervención, sino estándares dobles que sopesan con diferentes medidas tanto la soberanía propia y ajena como las estrategias y acciones de los Estados desarrollados y los fallidos (*rogue states*). Cooper—diplomático inglés— sostiene inclusive que uno de los grandes desafíos del mundo posmoderno es acostumbrarse a los estándares dobles, especialmente en las relaciones con los Estados fuera del continente europeo, con los que es preciso apelar a métodos más agresivos, ya sea de fuerza, ataque preventivo o inclusive engaño, “lo que sea necesario para tratar con aquellos que viven todavía en el mundo del siglo XIX de ‘cada Estado para sí mismo’”. Entre nosotros podemos mantener la ley pero cuando operamos en la jungla, tenemos que usar las leyes de la selva” (Cooper 2002: 16-17).

Desde estas versiones liberales, la guerra reciente contra Iraq se juzgará de acuerdo con dos criterios de interpretación: por un lado, el grado hasta donde fue diseñada para asegurar los intereses geopolíticos y geoeconómicos norteamericanos (especialmente el interés por controlar las reservas de petróleo y debilitar a los enemigos de Israel); y, por el otro lado, el grado hasta donde la guerra se propuso vigilar el cumplimiento de un nuevo orden mundial basado en la democracia y

con la búsqueda de soluciones efectivas para un mundo cada vez más interdependiente, véase DE: <<http://www.fpc.org.uk>>.

⁶ Entre otros muchos, han trabajado sobre este tema Mark Leonard, Robert Cooper, Joseph Nye y John Lloyd. Véase el trabajo editado por Mark Leonard (2002) y las publicaciones difundidas a través de su página web: <<http://www.fpc.org.uk>>

⁷ Lloyd (2003) define el imperialismo liberal como la intervención armada con propósitos humanitarios, estrategia que, como lo demostraron las protestas del 15 de febrero de 2003, no cuenta con el consenso internacional.

los derechos humanos. La esencia del nuevo orden mundial liberal debe incluir los siguientes compromisos: 1) relaciones ordenadas y pacíficas entre los Estados; 2) la reducción de la pobreza y las enfermedades; 3) la intervención sólo en los casos en que no se garanticen los derechos humanos; y 4) el consenso en cuanto a los principios básicos de un sistema de seguridad global y los criterios que justifiquen la intervención (Lloyd 2003). Sin embargo, y ésta es la principal diferencia con la doctrina Bush, para que se apegue al derecho internacional, la intervención deberá ser sancionada por la ONU.

Por su parte, Michael Ignatieff (2003) reconoce también desde una perspectiva liberal internacionalista que, si bien la intervención de Estados Unidos se justifica en aras de defender los derechos humanos y el orden mundial, su acción imperial tiene al mismo tiempo repercusiones negativas sobre las instituciones democráticas a nivel nacional, especialmente sobre las garantías individuales y la libertad de prensa. Hobsbawm (2003) agrega que las pretensiones de “dominio global” del imperio norteamericano amenazan con militarizar las estructuras políticas y económicas de Estados Unidos y con desestabilizar al mundo. Y, según Held (2002), la vulnerabilidad será mayor si los medios que este país utiliza para luchar en contra del terrorismo internacional se contraponen con los principios y valores cosmopolitas.

En este mismo tenor, pero desde una perspectiva marxista, James Petras y Morris Morley (1998) establecen también la conexión entre la decadencia interna de Estados Unidos y su poder global y señalan la contradicción entre el imperio y la república. A su juicio, el predominio global tiene efectos devastadores sobre el país porque sustrae enormes recursos de la economía, la infraestructura física e institucional y los programas sociales a fin de expandir el gasto militar.

En contrapartida Tyre (2003), cuya visión realista descansa en los presupuestos de la no intervención, condena la intervención norteamericana, pues considera que la estabilidad del sistema internacional depende todavía del respeto a la soberanía propia y ajena, y no a un derecho internacional, como lo sostienen todos los autores anteriores de cuño liberal.

En tercer lugar, los autores que analizan la acción imperialista de Estados Unidos se dividen entre quienes argumentan que ésta se ha sobrelimitado (*overstretched*) y quienes consideran que la acción imperialista de Estados Unidos es insuficiente (*understretched*). Los primeros condenan al imperio norteamericano y los segundos lamentan que éste no sea capaz —como lo hicieron exitosamente los ingleses— de establecer economías de mercado, el imperio de la ley y la transición

a un gobierno representativo. Dentro de los primeros tenemos nuevamente a Chalmers John (2000), especialista en estudios sobre Asia y el Sudeste Asiático de la Universidad de Berkeley, quien sostiene que el efecto de bumerang o *blowback* se revierte de múltiples maneras contra Estados Unidos y provoca desde un antiamericanismo cada vez más extendido hasta el debilitamiento de la industria y de las instituciones norteamericanas. Del otro lado, tenemos a varios historiadores ingleses —como Niall Ferguson— que argumentan que la acción imperial de Estados Unidos no es suficiente porque este país no está dispuesto, ni preparado, ni tiene la voluntad o la convicción para desempeñar las tareas propias de un imperio, como si lo hicieron otros imperios, Inglaterra en particular.⁸ La mezcla de políticas victorianas del imperialismo inglés buscaba el comercio libre, el predominio de la ley y el orden. Si el imperio americano las pudiera garantizar, sostiene el historiador, todos ganaríamos. Pero para ello es necesario que se queden mucho más tiempo. No es posible —asegura Ferguson— tener un imperio sin imperialistas que los dirijan, que estén dispuestos a permanecer por largos plazos en los países neocolonizados. Mientras el imperio norteamericano no se reconozca abiertamente como tal, mientras continúe con la tradición de hipocresía que caracteriza al imperialismo velado, será un imperio efímero y de corto alcance (2003: 8).

En resumen, en las versiones liberales —idealistas, internacionalistas y cosmopolitas—, los conservadores y neoconservadores argumentan a favor de la intervención y en algunos casos inclusive del imperialismo, mientras que las versiones marxistas y algunas interpretaciones realistas se oponen a la intervención. Sin embargo, con excepción de los neoconservadores, la gran mayoría de los estudios y análisis de la situación internacional advierte los costos de una acción imperialista cada vez más provocadora y belicosa, la cual a menudo se asocia a una hegemonía mundial en decadencia.

2. Hegemonía

EL concepto de hegemonía —cuya etimología griega significa autoridad o gobierno— forma parte también de las herramientas conceptuales de teorías rivales, tales como el marxismo de Gramsci y el neorrealismo de Gilpin. Aunque el concepto se origina en el ámbito de las relaciones internacionales, Gramsci lo revisa para convertirlo en el eje

⁸ Cuestión esta última en la que coincide con Hobsbawm 2003

de la organización y la dominación social.⁹ Desde su punto de vista, la complejidad de las relaciones entre el Estado y las clases sociales dominantes y dominadas, la capacidad de aquél para generar consenso y cohesión alrededor de una cultura nacional, así como las dimensiones de legitimidad y coerción,¹⁰ son necesarias en el ejercicio del poder para controlar a la población. La legitimidad, el consenso y la cohesión suponen un sistema de ideas a través del cual se logran formas intrincadas de liderazgo moral e intelectual. De esta manera, la hegemonía permite no sólo defender el *statu quo* sino definir la dirección del cambio social.¹¹

Por su parte, el neorrealismo (Kindleberger 1981 y Gilpin 1990 y 2001) sostiene que la hegemonía —esto es, la capacidad de influencia y dominación de los países más poderosos— es el único mecanismo para alcanzar el orden y la estabilidad en una sociedad internacional predominantemente liberal. La estabilidad hegemónica, según esta versión realista, pasa por dos fases, una ascendente, progresista o benigna, y una fase decadente o depredadora. En la fase ascendente el país *hegemón* tiene la capacidad productiva, tecnológica, política y social para ser el motor de la economía y la sociedad internacional, así como para convencer, fijar las agendas, excluir ciertos temas de éstas y, por esta vía, imponer la aceptación de una orientación liberal en los organismos, regímenes y foros internacionales. La hegemonía internacional es pues el resultado de la prosperidad y pujanza nacional. En la fase descendente el país *hegemón* tiende a perder productividad y competitividad relativa, se vuelve depredador y se convierte en un lastre para el desarrollo mundial. Se han identificado sólo dos periodos de estabilidad hegemónica, la Pax Británica y la Pax Americana. La primera se extiende de las Guerras napoleónicas en el siglo XIX hasta la primera Guerra Mundial y entra en contradicciones cada vez más profundas desde finales del siglo XIX para caer en una franca decadencia en los primeros años del siglo XX. Se inicia entonces un periodo de transición en el que la anarquía se intensifica y en el que ningún país

Entonces, tal y como lo sugiere Dora Kanoussi, se puede distinguir “entre hegemonía como relación en el interior del Estado-nación y hegemonía como relación entre los Estados nacionales” (2003: 1). Los estudios anglosajones suelen prestar atención a esta última.

⁹ Corresponde con la distinción que hace Joseph Nye (2002 y 2003) entre el poder suave y el duro en lo que él llama la era global de la información. El poder duro descansa en la fuerza económica y política, en la capacidad de influir a través de incentivos y amenazas, mientras el poder blando se refiere a la capacidad de influir en las preferencias, en las agendas de discusión, en los valores y en la ideología a través del liderazgo en muy diferentes planos y esferas.

¹¹ Véase Perry Anderson (1976-1977)

tiene la capacidad (o la voluntad) de asumir la responsabilidad, los costos y beneficios asociados a la hegemonía internacional (proveer bienes colectivos, entre los que se encuentran una divisa estable y los regímenes internacionales). Predomina en este periodo la tendencia de “los Estados particulares de favorecer sus intereses a expensas de los otros”, a través de estrategias del “gorrón”; esto es, estrategias que les permiten utilizar los bienes colectivos sin contribuir para su mantenimiento (Gilpin 1990: 88).

La Pax Americana se extiende desde el fin de la segunda Guerra Mundial hasta la década de los setenta, cuando la hegemonía norteamericana empieza a declinar, si bien muestra repuntes particularmente en los años noventa y mantiene un liderazgo indisputado en diversos sectores, particularmente en el militar y el financiero. Sin embargo, sus privilegios se sostienen a costa de grandes y crecientes desequilibrios, desórdenes y pérdidas que elevan considerablemente el *costo del imperio* (Johnson 2000).

Varios autores¹² se preocupan por las múltiples formas en que Estados Unidos socava la economía mundial, las instituciones internacionales y sus propias instituciones democráticas internas, y demuestran el carácter depredador de la economía norteamericana, el cual se expresa en la tendencia a transferir el costo de sus cada vez más profundos de equilibrios estructurales a la economía mundial a través de varios mecanismos. Se señala, entre otras cosas, que

1) A pesar de la hegemonía del dólar y su estatus de moneda principal de reserva, la emisión y las reservas en dólares crecen desproporcionadamente en relación a la parte con la que Estados Unidos contribuye a la producción y el comercio mundial. El control sobre la emisión y la política monetaria del dólar le permite influir sobre la fijación de las tasas de interés y la paridad relativa de las principales monedas, sujetas en ocasiones a sistemas monetarios paralelos, costosos y ajenos a las necesidades del desarrollo (Castaings Teillery 2000). Consecuentemente, influye también en la competitividad relativa de muy diversas economías, tal y como puede observarse en la actualidad con la devaluación artificial del dólar en su lucha contra el posicionamiento del euro como forma de reserva global.

2) La concentración en el país de capital extranjero y de una proporción creciente del ahorro internacional le permite financiar a un costo muy bajo las inversiones tanto en la industria militar como en las actividades de la nueva economía (información, telecomunicaciones y biogenética).

¹² Véanse, entre otros, Wade (2002), Johnson (2000), Petras (1998), Petras y Morley (1997) y Clark (2003).

La sola dependencia de las transferencias, préstamos e inversiones extranjeras para cubrir sus déficits comerciales y presupuestales —aparte de desviar recursos necesarios para el desarrollo de los países pobres— pone en tela de juicio la pujanza de su economía y, por tanto, también de su hegemonía.

3) La atracción de mano de obra altamente capacitada (la llamada fuga de cerebros) proveniente de numerosos países, desarrollados y subdesarrollados, se convierte en otro costo que Estados Unidos traslada a economías en donde a menudo se realizan grandes esfuerzos para capacitar a su población

4) El nivel medio de vida, superior a la productividad de la economía, y los ahorros personales casi nulos frente a un endeudamiento personal récord son otros factores que exigen atraer capitales extranjeros a través de la política monetaria y crediticia.

5) A la dependencia y consumo irracional de petróleo, que sigue siendo la fuente más importante de energético (y una cuarta parte de las emisiones globales de bióxido de carbono), habría que agregar la falta de voluntad para promover cambios importantes tanto en los patrones de consumo como en el uso de fuentes alternativas.

6) La falta de un adecuado control y regulación financiera por parte de la SIC ha provocado graves abusos de contabilidad corporativa, los cuales han implicado grandes transferencias de riqueza a nivel global y han ahondado tanto las desigualdades sociales como las tendencias recesivas de la economía mundial.

7) Las masivas reducciones de impuestos desde 2001, frente a gastos militares cada vez mayores, se traducen en un déficit fiscal del orden de los 400 mil millones de dólares, que se financia por medio de títulos de la deuda pública, inversiones en cartera o a más largo plazo, que sustraen recursos adicionales de la economía global. Sólo de esta manera se pueden sostener el déficit fiscal y un déficit comercial superior a 5% del PIB.

8) A todo ello puede agregarse el proteccionismo en diversas actividades (industria militar, acero, agricultura, pesca), a través de contratos preferenciales, barreras no arancelarias, subsidios directos y fiscales, de los cuales tienden a beneficiarse principalmente las grandes corporaciones norteamericanas en detrimento de sus competidores en Europa, Japón, y sobre todo en los países subdesarrollados.

No es casual, en tal virtud, que la Unión Europea busque mejores condiciones de competencia frente a Estados Unidos en materia comercial y monetaria. Sin embargo, la fortaleza del euro frente al

A principios de mayo la OMC autorizó a la Unión Europea imponer sanciones comerciales contra Estados Unidos hasta por 4 040 millones de dólares en una larga

dólar resulta a largo plazo inaceptable para Estados Unidos en la medida en que debilita su hegemonía monetaria y financiera global, si bien a corto plazo puede afectar notablemente la competitividad relativa de las exportaciones europeas y el margen de maniobra frente a una eventual recesión.

En efecto, pese a que la actual fortaleza del euro perjudica a la Unión Europea, refleja la falta de una política económica común (*Le Monde*, 10 de mayo de 2003) y puede agravar los problemas que sobre todo Francia y Alemania tienen en sus economías; también es cierto, como argumentan algunos analistas (Clark 2003), que la guerra contra Iraq ha sido en parte motivada por las amenazas macroeconómicas al dólar por parte del euro. La guerra perseguía como principal objetivo —aunque no el único— impedir que continuara la tendencia de los países de la OPEC a cotizar sus transacciones petroleras en euros y a conjurar así el *crash* del dólar a largo o mediano plazo.¹⁴

Si las transacciones globales de petróleo se dejaran de cotizar exclusivamente en dólares, una parte importante de las reservas se transferirían a euros (tanto de los países productores como consumidores), saldrían enormes recursos de Estados Unidos, el dólar se devaluaría provocando una alta inflación global y se desplomaría por tanto el valor de los activos norteamericanos. Es poco probable llegar a este escenario, dada la interdependencia sistémica entre el dólar y el euro, lo cual entre otras cosas significa que un euro fuerte se convierte en una fuerte presión a la competitividad de la Unión Europea (a menos que su productividad se elevara a un ritmo sensiblemente superior que la de Estados Unidos); pero al mismo tiempo, es un hecho que la economía de Estados Unidos depende cada vez más de las ventajas que le brinda mantener al dólar como una moneda de reserva internacional, a fin de poder influir en los parámetros fundamentales de la economía mundial y atraer el ahorro internacional a su economía.

El imperio *informal* norteamericano —su hegemonía en la fase ascendente— dependía de una productividad alta (o por lo menos mas

disputa por los subsidios tributarios que este país otorga a las empresas que atraviesan dificultades. Esta es una de las diversas contradicciones comerciales que han deteriorado las relaciones entre Europa y Estados Unidos (Linnin y Waddington 2003)

¹⁴ En noviembre del 2000 Saddam Hussein cambió sus reservas de dólares a euros y desde entonces Rusia, Arabia Saudita y otros países del Medio Oriente han cambiado una proporción cada vez mayor. Algunos bancos centrales del sudeste asiático (Malasia e Indonesia, en particular, que tienen población musulmana) e inclusive China empiezan a diversificar sus reservas. Pero las preferencias por el euro también se observan en el mercado global de bonos en el que su participación ha crecido de 20 a 44% en los últimos 4 años, acercándose peligrosamente a 48% que concentra el dólar (Lindler 2003)

alta que la productividad de otros países), del acceso a recursos energéticos baratos y de una superioridad militar. Con excepción de la última, estas condiciones se han erosionado notablemente, aunque de manera desigual.

Pero los costos de la decadencia norteamericana no son sólo económicos. Desde el punto de vista político, Estados Unidos despliega una acción intervencionista que socava de múltiples formas las instituciones internacionales multilaterales, y muestra una falta de voluntad para proteger y desarrollar el derecho internacional, resaltando su decisión de no apegarse a diversos tratados bilaterales y multilaterales sobre armas convencionales y de destrucción masiva, comercio, medio ambiente y justicia (el Congreso norteamericano se ha negado a ratificar más de una docena de tratados y convenciones). En particular, su decisión de no acogerse al Protocolo de Kyoto y a la Corte Penal Internacional representan serios escollos para defender el medio ambiente y la justicia internacional. Además, la embestida en contra de la ONU se ha intensificado aunque —vale la pena resaltarlo— éste no es un fenómeno nuevo. Desde hace tiempo grupos y ONG neoconservadoras han articulado una ofensiva en contra de la UNESCO, la OMS y otros organismos del sistema de Naciones Unidas, que ha debilitado o diluido importantes iniciativas, algunas de las cuales significaban logros históricos para el *empoderamiento* de la mujer y los niños. Puede añadirse a lo anterior la ofensiva más reciente que tiende a deslegitimar a la ONU, a dividir a la Unión Europea y a promover el antieuropeísmo en Estados Unidos.¹⁵ Richard Perle, quien hasta hace poco presidía el Defense Policy Board, ha sido una pieza clave en esta ofensiva. En numerosas declaraciones subestima y sobaja el desempeño de esta organización. A su juicio, “la fantasía de las Naciones Unidas como base de un nuevo orden mundial” desaparece junto con Saddam Hussein. Sólo sobrevivirán las burocracias que se ocupan de las tareas de pacificación de bajo riesgo. La muerte de la ONU —asegura Perle— significa “el desmoronamiento intelectual de la presunción liberal que pretendía lograr la seguridad por medio del derecho internacional administrado por las instituciones internacionales”.¹⁶ Pero la arrogancia

¹⁵ Tendencia que —como lo recuerda Garton Ash (2003)— se acentuó notablemente durante los preparativos de la guerra contra Iraq. Aunque, como argumenta Hobsbawm (2003), el antieuropeísmo representa, además, una reacción del gobierno norteamericano porque su imperio se cuestiona y se rechaza.

En noviembre del 2002 Perle declaró que Europa perdió su “ritmo moral” y Francia su “fibra moral” (Ash 2003) y en marzo del 2003 escribió un artículo titulado “Gracias a Dios que las Naciones Unidas han muerto. Su fracaso abyecto sólo nos dio anarquía. El mundo necesita orden” (Perle 2003).

asociada a estas y otras expresiones de unilateralismo terminarán por erosionar más todavía la hegemonía norteamericana, particularmente en su dimensión más benigna o en lo que Nye (2003) llama su poder blando.

Además, es necesario precisar que, a pesar de las no pocas limitaciones del sistema de las Naciones Unidas, sus logros son comparables con aquellos de las instituciones democráticas a nivel nacional: contribuir con las reglas mínimas para la resolución de conflictos y constituir un marco legal para producir las reformas, empezando por los cambios que requiere la estructura misma de representación de la ONU y de sus organizaciones afiliadas. Los marcos institucionales, si bien son defectuosos, tanto a nivel nacional como internacional, son espacios de diálogo y negociación para buscar un orden más justo, perfectible y democrático.

Los regímenes internacionales se convierten asimismo en un instrumento de la dominación cada vez más abierta y depredadora de Estados Unidos. Dentro de la OMC, este país ha logrado imponer regímenes que favorecen sus intereses en varios planos, pero resalta el caso de los derechos de propiedad intelectual, que no sólo dificultan cada vez más la transferencia de tecnología hacia los países en desarrollo, sino que inclusive permiten a los grandes conglomerados transnacionales apropiarse del conocimiento tradicional de otros pueblos (conocimiento de variedades genéticas y medicinales).

En el caso del régimen financiero (en el centro del cual se encuentran el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Compensaciones) las garantías a la movilidad de capital favorecen a las grandes corporaciones bancarias y financieras transnacionales, razón por la cual se ha resistido toda forma de control al capital especulativo y cualquier moratoria al pago cada vez más oneroso de la deuda externa de los países en desarrollo, a pesar de las múltiples demandas que en este sentido despliega el movimiento social global que intenta reformar la arquitectura del sistema financiero.

A nivel interno, la decadencia hegemónica, que se expresa en múltiples formas de intervención cada vez más abiertas y cínicas, socava el carácter democrático de las instituciones norteamericanas, particularmente el contenido secular que garantizaba la libertad de credo y otros derechos individuales y sociales. Michael Ignatieff (2003) revisa cómo se han estrechado los derechos individuales con la Ley Patriótica, introducida después del 11 de septiembre, la cual justifica aberraciones como el arresto sin derecho al proceso debido (*habeas corpus*) y el limbo jurídico en que se encuentran los prisioneros de guerra de

Afganistán. Por otro lado, la controvertida Iniciativa Basada en la Fe (*Faith-based Initiative*) de Bush flexibiliza el financiamiento para las ONG religiosas que tienden a brindar servicios públicos de educación, salud y beneficencia, considerados hasta hace poco servicios universales del Estado del Bienestar, sólo que ahora se canalizan a través de las ONG con criterios religiosos más o menos abiertos. Dicha iniciativa del conservadurismo social representa una nueva amenaza para la separación entre la Iglesia y el Estado y, por tanto, para la democracia (Clarkson 1997 y Berkowitz 2003).¹⁷ Este efecto depredador sobre diversas instituciones democráticas ha provocado el surgimiento de ONG nacionales e internacionales —como Counter Democracy, Public Eye, National Board for Peace Action, entre otras muchas— que luchan por un internacionalismo diferente, democrático y centrado en la ONU y en los pueblos del mundo, que defienda no sólo al multilateralismo, sino la misma democratización de la ONU y de las más importantes organizaciones multilaterales (FMI, BM, OMC, OMS, OTT), empezando por ampliar su autonomía respecto de Estados Unidos y por modificar su estructura de representación

Conclusiones

TANTO el concepto de imperialismo como el de hegemonía tienen un sentido diferente —progresista o decadente, benigno o canalla, ascendente o descendente, virtuoso o depredador, velado o abierto— dependiendo del autor, el sistema teórico en que se encuentra arraigado y el momento histórico.¹⁸ Así, el periodo de ascenso del imperio norteamericano coincide con una hegemonía benigna y progresista, que descansa más en el consenso que en la coerción, en un imperialismo velado o informal —con una fuerte hegemonía económica, política, ideológica y cultural y una amplia legitimidad internacional— por medio del cual logra difundir los valores de la doctrina liberal. Por el contrario, la declinación o decadencia del imperialismo norteamericano se corresponde con una hegemonía débil y depredadora que traslada el costo de sus privilegios al resto del mundo —desarrollado y subdesarrollado— y que descansa en una doctrina neoconservadora de escasa

¹⁷ Leo Strauss —una de las fuentes de inspiración de los neoconservadores norteamericanos— pensaba que la separación entre el Estado y la Iglesia había sido un grave error, pues la falta del tejido moral tendía a desorientar a los individuos (Jaffa 1998)

¹⁸ Hobson, por ejemplo, analiza a principios del siglo XX el expansionismo de Gran Bretaña en un contexto histórico en el que este país pierde su hegemonía

legitimidad internacional¹⁹ y en una política coercitiva de sometimiento, en un imperialismo duro que acepta que, puesto que no van a ser queridos y no van a gozar de un poder legítimo, al menos van a ser temidos y van a mantener para ello un poder avasallador. Este imperialismo abierto se expresa, en palabras del secretario de Defensa de Estados Unidos, Ronald Rumsfeld, en una ofensiva de una intensidad, potencial y alcance “nunca antes visto”. El carácter depredador en diferentes ámbitos se manifiesta, además, en una disposición a cooperar siempre que ellos fijen las reglas del juego y puedan vetar lo que no les convenga en las organizaciones internacionales.

Otro elemento que caracteriza a este imperio decadente es su Cruzada moral y religiosa fundamentalista. Las conexiones de la élite neoconservadora en el poder con sectas religiosas como los cristianos renacidos y otros grupos organizados de la derecha religiosa añade un elemento conspirativo, antidemocrático, fundamentalista y aun apocalíptico al proyecto imperial norteamericano del siglo XXI.

Sin embargo, tampoco es adecuado entender al imperialismo como sinónimo o sustituto de la hegemonía. Son conceptos que aluden a fenómenos distintos. Como lo sugieren Hardt y Negri, el imperialismo no es sólo neocolonialismo sino la expansión global del dominio del capital transnacional, la reproducción de las relaciones centro-periferia, las relaciones de poder asimétricas entre los Estados y la imposición de un sistema —u orden— de relaciones internacionales basadas en el libre mercado, la democracia liberal y los derechos universales del individuo; es decir, la construcción de una hegemonía económica y política, ideológica y cultural de las instituciones “imperialistas”. Si esto es así, más que categorías *sustitutivas*, imperialismo y hegemonía son dos fenómenos que se refuerzan mutuamente: el imperialismo unipolar norteamericano se traduce en una hegemonía global de las instituciones del capitalismo “postindustrial” y la nueva hegemonía neoconservadora implica una recomposición de la arquitectura institucional del orden de posguerra.

Pero ninguno de estos dos fenómenos, imperialismo y hegemonía, es estático. Ambos pasan por una fase de ascenso y una de descenso. El proceso de declive, sin embargo, no es ni lineal ni afecta simultáneamente con la misma intensidad todas las esferas de la vida social, ni todos los ámbitos territoriales. Estados Unidos es una sociedad muy

¹⁹ La talla de los intelectuales neoconservadores de la fase decadente no guarda proporción con la de los liberales “padres fundadores” de la fase ascendente, a pesar de los esfuerzos de aquéllos por identificarse con estos. Véase la página del Claremont Institute, DE <http://www.claremont.org>

compleja y constituye el centro de una sociedad global cada vez más interdependiente. Como lo señala Petras “el mismo concepto de declinación también tiene que ser relativizado. Si bien es cierto que Estados Unidos ha perdido su abrumador dominio, aún sigue siendo la economía más grande, aún posee la fuerza militar más poderosa y continúa ejerciendo un gran influencia sobre sus rivales” (1997: 55).

Otro hecho que demuestra el carácter no lineal de la decadencia de la hegemonía norteamericana se puede observar en la discusión que han suscitado hechos como la renuncia del senador Lott²⁰ o la mayor presencia de temas religiosos en la esfera pública, sin duda debido a la mayor influencia de los neoconservadores. En ambos casos, el debate tiende a girar en torno a los componentes comunitarios e individualistas de la Constitución, que han sido un *leitmotiv* en la vida política e institucional en Estados Unidos y que se reviven constantemente a la luz de problemas de trascendencia nacional. Así, con motivo de la renuncia de Lott y de la Iniciativa Basada en la Fe (*Faith-based Initiative*) se confrontaron una vez más los contenidos religiosos y aun mesiánicos asociados a la Constitución de 1788, fruto de la guerra de independencia, con los contenidos de las reformas constitucionales derivadas de la guerra civil de finales del siglo XIX, que rescatan y enriquecen la tradición contractualista, especialmente en lo relativo a las garantías individuales de la doctrina liberal. Estos debates reflejan, por un lado, el vigor y vigencia que todavía tiene la Constitución, que sigue siendo un referente fundamental porque ilumina y guía hasta la fecha la práctica y la discusión política; y por otro lado, son muestra de la vitalidad institucional norteamericana que sigue siendo motivo de admiración alrededor del mundo.

En conclusión, en el centro del debate y las discusiones en torno a estos dos conceptos—imperialismo y hegemonía—subyacen, como se ha dicho, intentos de legitimar o cuestionar el derecho a la intervención y el ataque preventivo, o sea la idea del imperialismo posmoderno que defienden varios exponentes del liberalismo idealista. Sin embargo, la única institución que puede dar legitimidad a una intervención es la ONU. De donde se desprende el interés del grupo neoconservador de desaparecerla y con ella desaparecer también los avances que se habían logrado en la construcción de un sistema jurídico internacional.

²⁰ En diciembre del 2002 este senador presenta su renuncia a la coordinación de la Cámara alta por haber hecho algunas declaraciones racistas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, James R., 2001, "Leo Strauss and the American Academy", reseña del libro *Leo Strauss, the Straussians, and the American Regime* de Kenneth L. Deutsch y John A. Murely, eds. (Nueva York, Rowman y Littlefield Publishers, 1999), en *Society*, vol. 38, núm. 4 (mayo-junio del 2001), p. 83.
- Anderson, Perry, 1976-77, "The antinomies of Antonio Gramsci", *The new left review*, núm. 100.
- Ash, Timothy Garton, 2003, "Anti-Europeanism in America", *The New York Review of Books*, vol. 50, núm. 2 (febrero del 2003).
- Berkowitz, Bill, 2003, "Tilting at faith-based windmills: over a year in the life of president Bush's Faith-based initiative", *Public eye*, DE: <<http://www.publiceye.org>>.
- Borón, Atilio, 2003, "Imperio: dos tesis equivocadas", *Rebelión: la izquierda a debate*, 22 de septiembre del 2002, DE: <<http://www.rebelion.org/izquierda/boron220902.htm>>.
- , 2002, *Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*, Buenos Aires, CLACSO.
- Castaigne Teillery, Juan, 2000, *Los sistemas comerciales y monetarios en la triada excluyente: un punto de vista latinoamericano*, México, Plaza y Valdés-UAM Iztapalapa.
- Clark, William, 2003, "Las verdaderas razones para la próxima guerra contra Irak. Un análisis macroeconómico y geoestratégico de la verdad que no se menciona", *Rebelión: independent media center* (periódico electrónico de información alternativa) (enero del 2003), DE: <<http://www.rebelion.org>>.
- Clarkson, Frederick, 1997, *Eternal hostility: the struggle between theocracy and democracy*, Maine, Common Courage Press.
- Cooper, Robert, 2002, "The post-modern state", en Mark Leonard, ed., *Re-ordering the world*, Londres, The Foreign Policy Centre.
- Ferguson, Niall, 2003, "The empire slinks back", *The New York Times* (27 de abril del 2003), Sunday, Late Edition.
- Gilpin, Robert, 2001, *Global political economy: understanding the international economic order*, Princeton, Princeton University Press.
- , 1990, *La economía política de las relaciones internacionales*, Argentina, Grupo Editor Latinoamericano.
- Hardt, Michael, y Toni Negri, 2000, *Imperio*, Cambridge MASS, Harvard University Press, DE: <<http://www.chilevive.cl>>.
- , 2000, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Held, David, 2002, "Violence, law and justice in a global age", en Mark Leonard, ed., *Re-ordering the world*, Londres, The Foreign Policy Centre.
- Hilferding, Rudolf, [1910] 1981, *Finance capital*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

- Hobsbawm, Eric, 2003, "America's imperial delusion the US drive for world domination has no historical precedent", *Le Monde* (junio de 2003), English language edition
- Hobson, John A., [1902] 1968, *Imperialism a study*, Londres, Allen and Unwin.
- Ignatieff, Michael, 2003, "The Burden", *The New York Times Magazine*, 5 de enero
- Jaffa, Harry V. 1998, "Leo Strauss, the bible and political philosophy", The Claremont Institute for the Study of Statesmanship and Political Philosophy, 13 de febrero de 1998, DE: <<http://www.claremont.org/>>
- Johnson, Chalmers, 2000, *Blowback the costs and consequences of American Empire* Nueva York, Henry Holt
- Kanoussi, Dora, 2003, "Un comentario sobre la relevancia de Gramsci", *Memoria* (México, CEMOS), núm. 171 (mayo de 2003).
- Kindleberger, Charles, 1981, "Dominance and leadership in the international economy exploitation, public goods, and free rides", *International Studies Quarterly*, 25, pp. 242-254
- Landler, Mark, 2003, "Europe beginning to flex its economic muscles", *New York Times*, 18-v-2003.
- Lannin, Patrick, y Richard Waddington, 2003, "Logra Europa sanción comercial contra EUA", *Reuters* (7 de mayo del 2003).
- Lenin, Vladimir, [1916] 1941, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (esbozo popular), Moscú, Lenguas Extranjeras
- Lenzner, Steven, 2003, "Leo Strauss and the conservatives", *Policy Review*.
- Leonard, Mark 2002, *Re-ordering the world*, Londres, The Foreign Policy Centre.
- Lloyd, John, 2003, "Iraq and world order", Foreign Policy Centre's Publications, DE <http://www.fpc.org.uk> (febrero del 2003)
- Lobe, Jim, 2003 "Strong must rule the weak, said neo-con's muse", *Interpress service news agency* (7 de mayo del 2003)
- Luxemburg, Rosa [1913] 1968, *La acumulación de capital*, México, Grijalbo
- Nye, Joseph S., 2003, *La paradoja del poder norteamericano*, Argentina, Taurus.
- , 2002, "Hard and soft power in a global information age", en Mark Leonard, ed., *Re-ordering the world*. Londres. The Foreign Policy Centre
- Perle, Richard, 2003, "Thank God for the death of the UN, its abject failure gave us only anarchy: the world needs order", *The Guardian* (21 de marzo del 2003), DE <http://www.guardian.co.uk/>
- Petras, James, 1997, "Declinación hegemónica, Estados Unidos", en José Luis Orozco y Consuelo Dávila, comps., *Breviario Político de la Globalización*, México (Colección Fontamara).
- , y Morris Morley, 1998, *¿Imperio o República? poderío mundial y decadencia nacional de Estados Unidos*, México, Siglo XXI
- Schmitt, Gary et al. 2000 *Rebuilding America's defense strategy: forces and resources for a new century: a report of the project for the New American Century* (septiembre del 2000)

- Tyre, Andrew, 2003, "Axis of instability: Britain, America and the new world order after Iraq", *Foreign Policy Centre's Publications*, DE [http // www fpc.org.uk](http://www.fpc.org.uk) (marzodel2003).
- Wade, Robert Hunter, 2003, "The invisible hand of the American empire" London School of Economics, 13-III-2003, DE [http: www lse ac.uk](http://www.lse.ac.uk)
- Wallerstein, Immanuel, 1996, *Después del Liberalismo*, México, Siglo XXI-CICU-UNAM
- West, Thomas G., 2002, "Jaffa versus Mansfield Does America have a constitutional or a 'Declaration of Independence' soul?", The Claremont Institute for the Study of Stesmanship and Political Philosophy, DE [http /www claremont.org](http://www.claremont.org) (29 de noviembre del 2002).